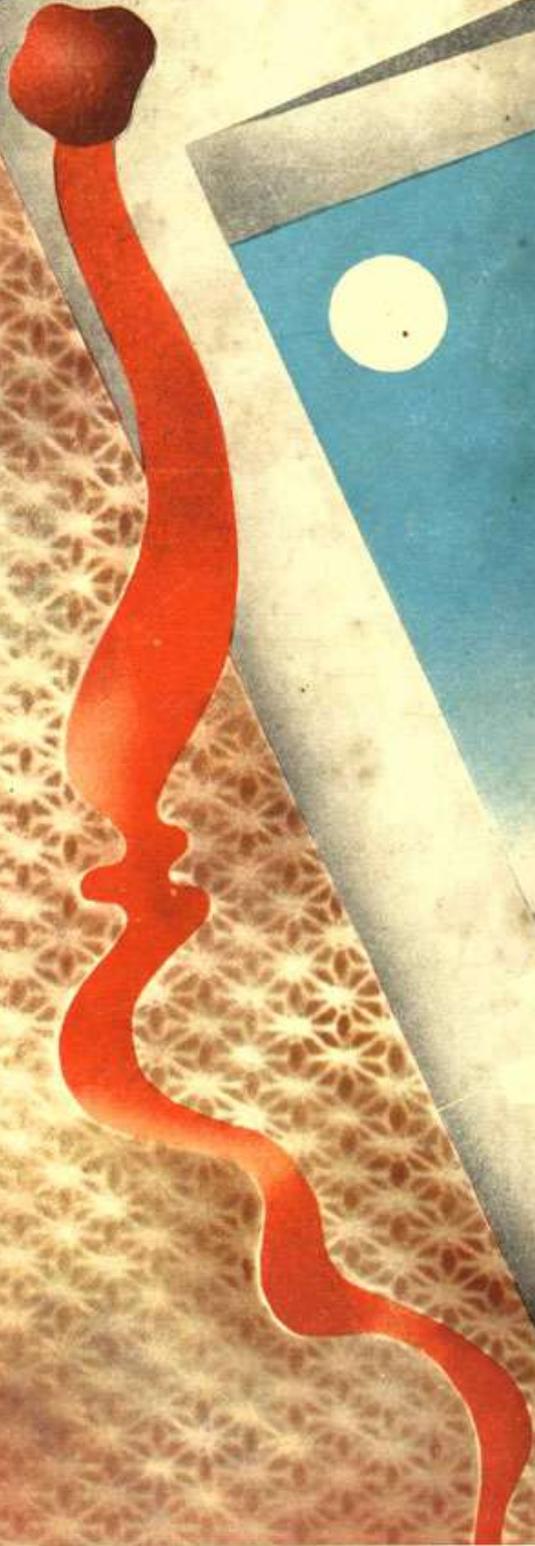


Vida

730



NAVIDAD
DE
1942





LA AZOTEA

Por RAFAEL GUIZADO

La alta azotea de un edificio moderno. Asomada, al barandal, mirando hacia la ciudad, está María. — Por la puerta entra Jaime. — Respira fuerte, da unos pasos, y se detiene al ver a la muchacha. — Hace un gesto de contrariedad, y dice, para sí mismo:

Jaime

—Jm, qué calamidad! Ni aquí puede uno estar solo... Ahora, esta joven que está ahí me va a hablar y a contarme su vida, y a decirme que sí que está claro el día y que qué bonita vista tiene esta azotea, y que cómo es de alto el edificio, y que qué mico da asomarse... uf, qué contrariedad!

(Pausa. Da unos pasos, Tose)

—Ahora se hace la que no sabe que estoy aquí... y ya me ha visto... claro que me ha visto... desde que llegué me miró.

(Pausa)

—Nada, no se mueve, y no puedo estar tranquilo: caramba, viene uno a este piso únicamente por estar solo y en paz y resulta que hay una muchacha que está mirando el paisaje.

(Pausa, se acerca a ella)

—Buenos días.

María

—Buenos días.

(Muy seca).

Jaime

—Bonita mañana, verdad?

María

—Sí.

Jaime

—Qué lindo panorama, no es cierto?

María

—Sí.

Jaime

—Es muy alto este edificio, no le parece?

María

—Mucho.

Jaime

—A usted no le da vértigo asomarse así?

María

—No.

(Pausa)

Jaime

—Y... qué hace aquí?

María

—Nada, y usted?

Jaime

—Lo mismo.

María

—Ah!

(Pausa)

Jaime

—Uno, dos, tres, cuatro...

María

—Qué hace?

Jaime

—Estoy contando los automóviles que pasan por aquella esquina.

María

—Para qué?

Jaime

—Para nada. Cuando yo estaba allá, exactamente en esa esquina, ya

usted seguramente estaba aquí, y me vió, sin saber que, más tarde estaría a su lado.

María

—Posiblemente.

Jaime

—Cómo es la vida! Si no se me hubiese ocurrido venir...

María

—Qué.

Jaime

—No la habría encontrado. Y pensar que, si yo fuera un hombre serio, estaría ahora en mi oficina. Ah! afortunadamente la ciudad no ha podido agarrarme todavía.

María

—Qué quiere decir?

Jaime

—Voy a explicarle. La ciudad es como un monstruo terrible y de apariencia bonachona. Se acerca usted y le sonríe, pero cuando la tiene al alcance de su mano, paf, da un zarpazo, y se la engulle. Por eso, para que no me coma, yo me salgo de ella de vez en cuando, voy al campo, o subo a la azotea, y desde aquí le hago gestos de desprecio, y la insulto.

María

—A mí me sucede todo lo contrario. Quiero a la ciudad, estoy enamorada de ella, y vengo a verla desde esta altura: me hago la ilusión

de que la conozco, y la acaricio y la arrullo, como si fuera un niño. Es tan bonita y tan variada, y tan alegre...

Jaime

—Usted cree?

María

—Sí, mirela, fíjese cómo se mueve, vive, brinca, cambia de colores y de aspectos, y siempre es la misma. Y además, es como el espejo de uno mismo. Si está usted alegre, mira las calles y las gentes afanosas; si usted está triste, ve los techos grises y en ellos encuentra una correspondencia a su tristeza.

Jaime

—Qué bonitas cosas dice.

María

—No siente lo mismo?

Jaime

—Ahora sí, aquí a su lado, estoy descubriéndole al monstruo una alma de ángel. Dígame cuál es su nombre?

María

—María.

Jaime

—Yo me llamo Jaime.

María

—Muy bonito.

Jaime

—Y... qué hace usted? No permanece aquí toda la vida... ver-

(Pasa a la página 26)

LA AZOTEA...

(VIENE DE LA PAGINA 17)

dad?

María

—No, yo trabajo, pero estoy de vacaciones...

Jaime

—Ah.

María

—Y como no tengo dinero parairme de pasco, pues vengo a la azotea y me pongo a imaginar que camino por todas las calles, que entro en todas las casas y voy a todos los lugares.

Jaime

—Estará usted cansada.

María

—A cada casa le invento una historia, una distribución de alcobas, unas gentes viviendo...

Jaime

—Caramba, qué ingenioso: usted trabaja en el censo?

María

—No, en una oficina de contabilidad.

Jaime

—Con razón.

María

—Allí, en la mitad de esa cuadra, habita una señora viuda.

Jaime

—En dónde?

María

—Allí.

Jaime

—La casa de tejas rojas?

María

—No, la de cemento.

Jaime

—Ah, y cómo supo que...

María

—No, es que me imagino...

Jaime

—Claro, ya comprendo. Y sabe usted quién trabaja en aquella oficina que tiene esa ventana con cortina verde?

María

—No.

Jaime

—La cortina tiene una mancha de tinta. En la pieza hay una mesa, en la mesa un tintero, en el tintero tinta, al lado del tintero un secante, y debajo del secante unos papeles, y ante los papeles una silla y sentado en la silla un señor con cara de ogro. Es mi patrón.

María

—Ajá.

(Pausa)

Jaime

—María!

María

—Qué?

Jaime

—Nada, digo: María y repito María! María! me parece que toda la ciudad está poblada de Marías. Se parecen a usted, son suaves, bonitas, frías, sonrientes, son... Marías...

(Pausa)

María

—Ya es hora de bajar.

Jaime

—Por qué?

María

—Es muy tarde.

Jaime

—No, no, acabe de dar el paseo; ahora, tome el tranvía, súbase en esa cuadra llena de baches, eso es, pague cinco centavos, da una moneda de veinte, recibe quince. —uno nunca recibe lo que da— una señora pretende sentarse encima de usted, al fin se acomoda. (hace con la boca un ruido imitando el tranvía en movimiento.), tiene que ir y volver, son por lo menos diez minutos.

María

—Y a dónde voy?

Jaime

—A dónde? Espere un momento, a... a... allá, en esa plaza está un señor esperándola.

María

—Un señor?

Jaime

—Sí, un joven simpático, trabajador, serio, de mucho porvenir, aunque su jefe no lo cree... un hombre a quien usted no conocía hace diez minutos. Cuánto tiempo perdió usted en la vida, sin conocer a ese caballero! Pero ahí está dispuesto a quererla, olvidado de todo el mundo y de todas las cosas.

María

—Y cómo se llama?

Jaime

—Hm... creo que... me parece que se llama... Jaime. Sí, no es un hombre famoso pero nunca ha figurado en los casos de policía. En estos tiempos esa es una recomendación. No es rico, no es brillante, no es un héroe, es, simplemente Jaime. El que va por la calle, el que sube a la azotea, fuma cigarrillo, compra el periódico, ríe al oír un cuento, va a cine todas las semanas, se hace lustrar los zapatos cada tercer día, compra sus vestidos pagando cuotas mensuales y suspira durante veintiocho jornadas por dos fechas solemnes: el primero y el quince de cada mes.

María

—Hay muchos Jaimes entre esa gente que vemos desde aquí.

Jaime

—Sí, hay muchos. Si no fuera por ellos, la ciudad nada valdría. Su alma la forman las Marías y los Jaimes... son ellos los que la concen a fondo; nada se les escapa. Ah!— dice Jaime— van a tumbar esa casa vieja...

María

—Mira —responde María— están edificando en este sitio.

Jaime

—Han cambiado la línea de buses...

María

—Quitaron el almacén de viveres que había en la carrera.

Jaime

—Vamos a ver la entrada al matrimonio?

María

—Vamos a ver la salida del baile.

Jaime

—Hay manifestación!

María

—Hay desfile de soldados!

Jaime

En todas partes están Jaime y María.

María

—En todas partes.

Jaime

—Y una vez, una vez, se encuentran solos, en lo alto de un edificio que parece hecho exclusivamente para ellos... y se dan cuenta de que todos los días se habían visto, de que pensaban siempre el uno en el otro, sin conocerse...

(Pausa)

María

—En aquella casa hay un departamento vacío, es chiquitito...

Jaime

—Para dos personas?

María

—Sí... únicamente para dos, para dos personas. Nunca he querido suponer que lo arrienden... lo tengo comprometido... una salita, comedor, una alcoba... cuarto de baño... cocina, despensa... es bonito... tan bonito...

Jaime

—Podría usted... sería posible que... me lo reservara?... Creo que pronto voy a necesitarlo...

María

—No es caro y es nuevecito...

(Media pausa)

Jaime

—Yo gano cien pesos mensuales...

María

—Ciento ochenta.

Jaime

—No, cien...

María

—Fero como a mi me pagan ochenta...

(Ambos ríen)

F I N